EL REINO DE LAS APARIENCIAS: EL CONSUMO CONSPICUO DE LA HIDALGUÍA GALLEGA EN LA EDAD MODERNA

HORTENSIO SOBRADO CORREA*

Introducción

A finales del s. XIX, el economista y sociólogo americano Thorstein Veblen (1857-1929) en su clásica *Teoría de la clase ociosa*¹, lleva a cabo un pionero estudio sobre la distinción social a través del consumo, en el que llega a la conclusión de que todo individuo que vive en sociedad tiene dos formas privilegiadas de indicar y de preservar el estatus pecuniario, así como su rango y prestigio social, que son: el ocio y el «consumo conspicuo». Al acuñar esta expresión Veblen considera que el consumo ostentoso y la exhibición de bienes y servicios de lujo es una señal de prestigio y de reconocimiento social de la clase ociosa, que de forma mimética tratan de emular los miembros de las clases laboriosas. Más recientemente, P. Bourdieu retomando las tesis de Veblen, en torno a las relaciones entre consumo conspicuo y estructura social, y de Simmel y Weber, acerca del consumo, moda y preferencias de estilo de vida como estrategias de distinción social², analiza las diferentes formas por las cuales las distintas clases consumen determinados bienes con el objetivo de manifestar sus posiciones en la estructura social³.

Desde nuestra atalaya de historiadores de la Edad Moderna, dichas reflexiones acerca del consumo como distinción resultan manifiestamente palmarias, toda vez que no cabe duda de que en las épocas preindustriales los objetos suntuarios funcionaban como proclamas, para captar la atención, acerca del prestigio, poder y riqueza que tenían sus dueños, por lo que el consumo ostentoso tenía una importancia crucial en la construcción y el mantenimiento del rango social⁴. Por ello, en la Edad Moderna para aquellos grupos que disfrutaban de la condición de elite social era de gran trascendencia el valor atribuido a la vestimenta, las joyas, las residencias, el mobiliario, los

* Universidad de Santiago de Compostela.

¹ VEBLEN, T., *Teoría de la clase ociosa*, México, 1974 (1899).

² MARINAS, J. M., «Simmel y la cultura del consumo», *REIS*, n° 89, enero-marzo, 2000, pp. 183-218; COLLIOT-THELENE, C., *Max Weber et l'histoire*, París, 1990.

³ BOURDIEU, P., *La distinction*, París, 1979, pp. 52 y ss. (vid. en castellano: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, 1988).

⁴ PERROT, Ph., *Le luxe, une richesse entre faste et confort, XVIIIe-XIXe siècle*, París, 1995, p. 51.

alimentos y las bebidas, así como a los sirvientes, a los carruajes, y por ende, al refinamiento cultural; todo ello, unido al despliegue de una serie de complejos «gestos», tanto en vida como a la hora de la muerte, encaminados a lograr el respeto de la comunidad y el reconocimiento social de su posición, lo que configuraba un mecanismo de inversión idóneo, a través del cual grupos sociales como la nobleza, o por instinto emulador las emergentes burguesías, daban fe pública de su preeminencia social y estatus privilegiado.

Debido al absentismo de los principales linajes de la nobleza titulada que, a comienzos del s. XVI habían dejado el solar galaico para establecerse en la Corte, en Galicia el grupo más numeroso del estamento nobiliario era la hidalguía. Estos integrantes de la pequeña nobleza si bien tenían un peso reducido en el seno de la población gallega, aprovecharon las nuevas circunstancias de la coyuntura política y económica para consolidarse como un grupo privilegiado, que extendió su dominio económico y social, a través de una aventajada posición de intermediarios entre los grandes dominios y el campesinado, logrando monopolizar el control de una importante parte de la renta territorial de Galicia, base fundamental del afianzamiento de su condición de grupo rentista⁵.

La hidalguía, como grupo privilegiado de la sociedad gallega en la Edad Moderna lleva a la práctica toda una serie de mecanismos tendentes a la formación, consolidación (fundamentalmente entre 1550-1650)⁶ y posterior preservación de un notable patrimonio que le sirve de base para mantener un nivel de vida acorde con su posición en el escalafón social. Pero al mismo tiempo, a dicho esfuerzo por aglutinar un «capital patrimonial» se une un afán por reunir un «capital simbólico» o «patrimonio inmateria» que haga pública su notoriedad y prestigio⁷. El «consumo conspicuo» no era a menudo sino un intento de cubrir las apariencias por parte de determinados grupos sociales que, como la hidalguía gallega, trataban por todos los medios de conformar un selecto círculo, pues fundamentalmente en el mundo urbano va surgiendo una idea de consumo, de refinamiento y de las apariencias⁸, que señala cada vez con mayor claridad la condición social de sus portadores.

⁵ En 1752 en A Lanzada la hidalguía acaparaba alrededor del 62.1% de la renta territorial, en la Ulla (38,7%), en Xallas (35,4%), en Tierra de Montes (el 37,4%), mientras que en Arzúa, o en Mondoñedo, controlaban entre el 40-50% de la tierra. FERNÁNDEZ CORTIZO, C., *La Tierra de Montes en el siglo XVIII. Estructura demográfica y sistema familiar en una sociedad rural*, Santiago, 2001, (Tesis doctoral inédita), t. II, p. 720; PRESEDO, A., «Luxo e cultura nos pazos da fidalguía galega, 1600-1841». *Boletín Avriense*. XXXI. 2001: SAAVEDRA, P., *Economía, Política y Sociedad en Galicia. La Provincia de Mondoñedo, 1480-1830*, Madrid, 1985, p. 436.

⁶ VILLARES PAZ, R., *La propiedad de la tierra en Galicia, 1500-1936*, Madrid, 1982, p. 90.

⁷ SAAVEDRA, P., «Formación, consolidación e influencia social e cultural da fidalguía, ss. XVI-XVIII». VV. AA., *Galicia fai dous mil aos. O feito diferencial galego*, I, Historia, Santiago, 1997, pp. 125 y 134; FERNÁNDEZ CORTIZO, C., *op. cit.*, p. 737; GONZÁLEZ LOPO, D., *Los comportamientos religiosos en la Galicia del Barroco*, Santiago, 2003, p. 105.

⁸ ROCHE, D., *La culture des apparences. Une histoire du vêtement (XVIIe-XVIIIe siècle)*, París, 1989.

En esta comunicación pretendemos reflexionar acerca de la importancia que tenía el denominado «consumo conspicuo» entre la hidalguía gallega en la Edad Moderna, y observar en qué medida la forma de vida de esta elite era algo aislado, o bien los pazos actuaron de «focos difusores de la civilización» en las aldeas, en la línea de la tesis de Norbert Elías y su «proceso de civilización», o las de «aculturación» y emergencia del «hombre moderno» de Robert Muchembled⁹, tendencias de fondo que fundamentalmente en el siglo de las Luces, dejan entrever la raíz del creciente distanciamiento cultural, tanto material como mental, entre los diversos grupos sociales¹⁰.

1. La hidalguía gallega. Un grupo con grandes diversidades internas

En las últimas décadas la historiografía gallega ha avanzado mucho en el conocimiento sobre los orígenes sociales, las estrategias familiares, y los mecanismos de constitución y composición de los patrimonios hidalgos¹¹, no así los estudios sobre la vida cotidiana, aspectos sobre los que todavía persisten grandes sombras en la investigación¹².

Pasado el ecuador del s. XVIII los hogares hidalgos apenas superaban el 3% del total de vecinos censados¹³, aunque su reparto lejos de ser homogéneo en todo el Reino presentaba una distribución interna claramente diferenciada entre la Galicia occidental, con proporciones inferiores a las presentadas por las tierras de la Galicia interior¹⁴. Los estudios realizados en los últimos años han constatado que tanto en el mundo rural como en las ciudades la hidalguía conforma un grupo con grandes diversidades internas¹⁵. Consiguientemente a la hora de hablar del nivel de vida de los hidalgos gallegos, conviene no generalizar, y evitar caer en el tópico del extraordinario lujo que caracterizaba al conjunto de la pequeña nobleza, pues en muchos casos sus condiciones

⁹ ELÍAS, N., *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, 1987; MUCHEMBLE, R., *L'invention de l'homme moderne. Sensibilités, mœurs et comportements collectives sous l'Ancien Régime*, París, 1988.

¹⁰ SAAVEDRA, P. y SOBRADO, H., *El siglo de las Luces. Cultura y vida cotidiana*, Madrid, 2004.

¹¹ VILLARES PAZ, R., *Foros, Frades e Fidalgos*, Vigo, 1982; PRESEDO, A., *Os devanceiros dos pazos*, Santiago, 1997; MIGUÉS RODRÍGUEZ, V. M., *A fidalguía galega: un breve enxergar histórico a través da casa de San Fiz de Asma e agregados no Antigo Réxime*, Santiago, 1997; y *As terras, as pousas e os vinculeiros. A fidalguía galega na Época Moderna*, A Coruña, 2002; FERNÁNDEZ CORTIZO, C., «Pálpitos y escribanías: los orígenes de los linajes hidalgos en la Tierra de Montes (ss. XVI-XVIII)», en C. Fernández et alii (eds.), *Universitas. Homenaje a A. Eiras Roel*, Santiago, 2002, t. I, pp. 235-254.

¹² SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 125; y «La vida en los pazos gallegos: entre la literatura y la Historia», *Pedralbes. Revista d'Història Moderna*, any XXIII, n.º 23, 2003, (pp. 285-315), p. 285.

¹³ Datos de 1760. GONZÁLEZ LOPO, D. L., *Los comportamientos religiosos...*, p. 99.

¹⁴ DUBERT, I., *Historia de la familia en Galicia durante la época moderna (Estructura, modelos hereditarios y conflictividad)*, A Coruña, 1992, p. 116.

¹⁵ SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 124; PRESEDO, A., «La hidalguía gallega: características esenciales de la nobleza provincial del Reino de Galicia durante el Antiguo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, n.º 10, 2001, (pp. 225-245), p. 228; y «Luxo e cultura...», p. 146.

de vida sólo resultaban impresionantes comparadas con las del campesinado. En realidad, únicamente un reducido y selecto grupo, que constituía una verdadera elite dentro de la hidalguía gallega era capaz de llevar una vida de lujos y ostentación, así como de refinamiento cultural, al estilo de la alta nobleza, con un importante nivel de consumo conspicuo, por lo que sólo tendrá pleno sentido referirse a esta distinguida minoría de ricos hidalgos como miembros de ese «reino de las apariencias» al que simbólicamente alude el título de esta comunicación.

En una sociedad profundamente jerarquizada, donde cada cual conocía exactamente cual era su puesto, resultaba tan importante disfrutar de la ejecutoria de nobleza como contar con la situación económica que permita mantener dicho status social. Entre los miembros de la hidalguía gallega estas dos condiciones no siempre se daban, pues tanto en las ciudades como en el campo residían individuos que aunque pertenecientes a la hidalguía, por razones de mera descendencia biológica, sin embargo, llevaban una vida de grandes aprietos¹⁶, pues sus ingresos apenas les permitían disfrutar de unas condiciones de vida por encima del campesinado, o de las clases medias urbanas. En diferentes comarcas de Galicia como en el concejo de Burón – en tierras lucenses –, en Mondoñedo, en áreas de Ourense, o del occidente gallego como Folgoso, Xallas, el Salnés, la Ulla, o incluso en el Morrazo, muchos hidalgos lejos de morar en elegantes *pousas* o pazos, rodeados de lujo y ostentación como algunos de sus camaradas de estamento, debían ocuparse directamente de la labranza de sus modestas propiedades, o en todo caso eran pequeños rentistas¹⁷.

2. La inversión en «signos» o símbolos de prestigio y notoriedad

La hidalguía en su afán de consolidarse como una auténtica elite de la sociedad gallega aspira a obtener el control de los espacios comarcales, por lo que acostumbra a hacer una fuerte inversión en una serie de complejos «gestos», o si se quiere de

¹⁶ EIRAS ROEL, A., *Santiago de Compostela, 1752, según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, Madrid, 1990, pp. 22-23.

¹⁷ SAAVEDRA, P., *Economía rural antigua en la montaña lucense. El Concejo de Burón*, Santiago de Compostela, 1979, p. 78; SAAVEDRA, P., *Economía, Política...*, p. 567; DOMÍNGUEZ CASTRO, L., «Las tierras vinculadas orensanas a finales del Antiguo Régimen: origen y formas de explotación», en L. Fernández Prieto y X. Balboa López (eds.), *La sociedad rural en la España contemporánea. Mercado y patrimonio*, Sada, 1996, p. 129; SANDOVAL VERA, F., *Un estudio de Historia local. A xurisdicción de Folgoso a finais do Antigo Réxime* (Tesis de Licenciatura inédita), Santiago, 1999, pp. 58-59; BARREIRO, B., *La jurisdicción de Xallas en el siglo XVIII. Población, sociedad y economía*, Santiago, 1978, p. 570; PÉREZ GARCÍA, J. M., *Un modelo de sociedad rural en la Galicia costera*, Santiago, 1979; REY CASTELAO, O., *Aproximación a la Historia rural en la Comarca de la Ulla (siglos XVII-XVIII)*, Santiago, 1981, p. 159; RODRÍGUEZ FERREIRO, H., «La hidalguía rural del Morrazo en el s. XVIII: análisis sociológico de un grupo predominante», en A. Eiras Roel et alii, *La Historia Social en sus fuentes de Protocolos*, Santiago, 1981, p. 217; y *La Tierra de Trasdeza. Una economía rural antigua. Población y economía en la antigua jurisdicción de Trasdeza en la primera mitad del s. XVIII*, Santiago, 1973, p. 83.

símbolos de prestigio y notoriedad, encaminados a lograr el respeto y el reconocimiento constante de su posición egregia en la comunidad, a través de los cuales los hidalgos daban fe pública de su preeminencia social y estatus privilegiado.

No cabe duda de que el propio carácter de rentistas de este grupo social, y la consiguiente dependencia económica de muchos campesinos, o el desempeño de oficios en el seno de la administración señorial contribuían a proporcionar a los hidalgos una buena dosis de poder decisorio en las comunidades locales. Del mismo modo, en el ámbito urbano el afán por introducirse en los órganos de poder concejiles, refleja el interés por incrementar sus ingresos, pero fundamentalmente por el carácter simbólico y las cotas de poder que otorgaban dichos cargos¹⁸. Asimismo, entre los gestos que contribuyen a engrosar un creciente «capital simbólico» generador de prestigio, cabe destacar otros, tales como el propio tratamiento de «Don», que distingue a los sectores privilegiados del resto de los vecinos, la colocación de escudos y blasones de forma ostentosa en los portales y fachadas de sus residencias, la posesión de cotos jurisdiccionales en los que se ejerce justicia, las estrategias matrimoniales entre herederos de vínculos y la importancia del linaje¹⁹, los rituales en la toma de posesión de bienes materiales (tierras, Casas, montes, ferrerías...) ²⁰, el disfrute de lugares de preferencia en las iglesias parroquiales (palcos elevados o tarimas propias, y bancos en zonas privilegiadas del templo), y la fabricación de capillas en las iglesias parroquiales o en los pazos, así como el estableciendo de obras pías (capellanías, creación de escuelas, de dotes para doncellas pobres, de pósitos, etc.), sin olvidar la actitud paternalista desplegada a través del aplazo o la condonación de deudas a los caseros, o de generosos préstamos de cereal o dinero a los vasallos, el pago de salarios a maestros que enseñaban a los vecinos del lugar²¹, el padrinazgo masivo en sus feligresías de origen, la celebración de fiestas para el disfrute público, etc.²².

Las investigaciones realizadas en los últimos años en torno a la vida cotidiana de la hidalguía gallega han permitido ir superando algunos tópicos, quizás excesivamente mediatizados por la influencia de los textos literarios, que en su momento

¹⁸ LÓPEZ DÍAZ, M., *Gobierno municipal e administración local na Galicia do Antigo Réxime*, Santiago, 1994, pp. 50 y ss.; y *Gobierno y Hacienda Municipales. Los concejos de Santiago y Lugo en los siglos XVI y XVII*, Lugo, 1994, pp. 95 y ss.

¹⁹ VEIGA ALONSO, X. R., «A lóxica reproductiva da fidalguía lucense (ss. XVIII-XIX)», en X. Balboa y H. Pernas (eds.), *Entre Nós. Estudos de arte, xeografía e historia en homenaxe ó profesor X. M. Pose*, Santiago 2001, pp. 1075-1092.

²⁰ MIGUÉS, V. M., «Em verbo do sorprendente ritual fundacional de umha ferraria quiroguesa no século XVI. Um apontamento histórico-etnográfico», *Brigantium*, vol. 9, anos 1995/96, pp. 117-136.

²¹ Los señores de Xunqueiras pagaban los salarios de los maestros que enseñaban a los vecinos del lugar, o bien costeaban los estudios, o la dote para ingresar en conventos a algún hijo/a de sus más fieles servidores. SANTOS IGLESIAS BLANCO, A., *A Casa de Xunqueiras...* p. 194.

²² SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 134; MIGUÉS, V. M., *As terras...* pp. 330 y ss.; PRESEDO, A., *Os devanceiros...* p. 127; GONZÁLEZ LOPO, D., *op. cit.*, p. 105; VILLARES PAZ, R., «Pazos y quintas: los señores de la tierra en la España atlántica», *Actas I Congreso Ibérico de Casas Solariegas*, Vigo, 2004, pp. 17-24.

contribuyeron a ofrecer una imagen estereotipada de los hidalgos como unos seres ignorantes y extremadamente rudos²³. En el XVIII, al menos el sector más rico y culto de la hidalguía gallega, plenamente consolidado ya el proceso de urbanización, residía preferentemente en ciudades y villas, y tanto sus lujosas residencias como su modo de vida revelan gustos refinados, muy alejados del universo cultural campesino²⁴.

En general los nobles despilfarraban mucho dinero en consumo conspicuo. Las fastuosas residencias y su rico y exótico mobiliario, el sistema de mantener un numeroso séquito de acompañantes y servidores (mayordomos, administradores, ayos, pajes, criados, cocheros, etc.), la posesión de suntuosos y ornamentados carruajes, la lujosa indumentaria, las opíparas comidas, la práctica del juego, la caza, y otras diversiones similares, todo ello constituía alardes de riqueza y de poder que dejaban boquiabiertos a los plebeyos. En mayor o menor medida toda familia hidalga que se lo podía permitir intentaba emular el estilo de vida de la alta nobleza, aunque muy pocos conseguían alcanzar niveles de consumo conspicuo equiparables a los que disfrutaba la nobleza titulada.

En realidad, en Galicia en la mayoría de los casos hay que esperar al XVIII para que la concentración de importantes patrimonios derivada de la acumulación de vínculos por medio de la sucesiva agregación de Casas, permita un incremento muy notable de sus ingresos, contribuyendo a la consolidación de una elite reducida de familias hidalgas, que alcanzan elevados niveles de opulencia y refinamiento en las costumbres, traducidos en un afán por un creciente consumo conspicuo que los distingue del resto de la sociedad. Será por tanto, fundamentalmente en estas ricas Casas hidalgas en las que la fastuosidad de las moradas, el lujo y el refinamiento en la mesa, la suntuosa vestimenta, la abundancia de personal de servicio, etc., e incluso el complejo simbolismo desplegado ante la muerte, adquieran pleno alcance, como muestra de un importante consumo ostentoso, auténtico espejo de su creciente preeminencia económica y social.

Sin embargo, dicha práctica con cierta frecuencia resultaba perniciosa para las economías, así como para el mantenimiento de sus patrimonios, que a menudo se veían amenazados por los ingentes gastos. Para algunos autores, el consumo conspicuo en sus diversas formas, que necesitaban las elites de la sociedad para afrontar un estilo de vida acorde a su categoría, constituyó sin duda un factor de peso en el proceso de decadencia económica que desde finales del XVI experimentaron determinados sectores de la aristocracia europea, contribuyendo al descalabro de las fortunas y al consiguiente cambio en la posición social de la antaño dominante nobleza, siendo sustituida por recién llegados de un estrato social más bajo²⁵.

²³ No cabe duda de que la obra literaria de autores como Emilia Pardo Bazán, Valle Inclán o Ramón Otero Pedrayo, entre otros, contribuyó a ello. VELASCO SOUTO, A., *A sociedade galega da Restauración na obra literaria de Emilia Pardo Bazán*. (1875-1900), Pontevedra, 1987.

²⁴ SAAVEDRA, P., «Formación...», pp. 134 y ss.; y «La vida en los pazos...», p. 287.

²⁵ KAMEN, H., *El siglo de hierro. Cambio social en Europa, 1550-1660*, Madrid, 1977, pp. 181 y ss.; STONE, L., *La crisis de la aristocracia, 1558-1641*, Madrid, 1985.

Para el caso de la elite de la hidalguía gallega, aunque a un nivel mucho más modesto que la nobleza titulada, se ha constatado que en ocasiones los excesos derivados de ingentes gastos de carácter ostentoso dieron lugar a problemas de liquidez, e incluso contribuyeron a desencadenar períodos de seria crisis económica, tal y como se constata en el caso de la nobleza urbana vecindada en la ciudad de Santiago, que parece pasar por una situación de creciente deterioro económico entre fines del XVIII y principios del XIX²⁶. El fasto consumista da lugar a situaciones de dificultades económicas, deudas y petición de préstamos para hacer frente a los extraordinarios gastos, tal y como ocurre con otros ejemplos de pequeña nobleza periférica²⁷. De este modo, tratando de mantener un elevado prestigio a través de la contratación de un notable número de personas dependientes de los pazos, fundamentalmente de servidores, en algunas ocasiones el pago de soldadas llevaba a contraer deudas y compromisos que luego gravitaban como una pesada losa sobre la economía familiar de las Casas hidalgas.

Aunque las necesidades derivadas de mantener un elevado tren de vida, a veces crean serias dificultades a las economías hidalgas, no por ello sus miembros suelen renunciar a hacer gala de diversos elementos de distinción hasta el postrero momento de sus vidas, y en todo caso descargan la responsabilidad de correr con los gastos sobre sus herederos, que en muchos casos se convierten en deudos²⁸. En las primeras décadas del XIX, Froilán Troche y Zúñiga, conoedor del mundo de los pazos, merced a sus orígenes hidalgos y por haber sido empleado en la administración de varias casas hidalgas, en su obra *El archivo cronológico-topográfico. Arte de archiveros*, publicada en 1828 (reed. de 1835), llama la atención sobre el despilfarro llevado a cabo por los hidalgos en las ciudades, y su creciente dependencia de las modas, que les lleva a pocas veces a endeudarse: «...quisiera que imitando un poco la moda por no parecer ridículos y conciliando en lo posible las costumbres con vuestros intereses, adoptaseis un sistema de vida que no os empeñase, y salieseis de las deudas que muchos tenéis contraídas...»²⁹.

3. La morada: auténtico espejo del poder económico y social

No cabe duda de que una de las formas más palmarias de distinción, de pública ostentación del poder económico y social de las elites es la construcción de lujosas residencias, que se configuran como auténticos símbolos de poderío social y señorial.

²⁶ BARREIRO MALLÓN, B., «Las clases urbanas de Santiago en el s. XVIII: definición de un estilo de vida y de pensamiento», en A. Eiras Roel *et alii*, *La Historia social...*, (pp. 449-494), p. 462.

²⁷ MATEO RIPOL, V., «Matrimonio y modo de vida de una familia de la pequeña nobleza periférica: los Bourgunyo de Alicante», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 11, 1992, p. 73.

²⁸ BARREIRO MALLÓN, B., «Las clases urbanas...», pp. 449-494.

²⁹ MIGUÉS, V. M., «A hidalguía galega a comenzos do s. XIX. A obra de Froilán Troche y Zúñiga», *Anuario Brigantino*, nº 18, 1995, pp. 117-128.

Las moradas de la hidalguía gallega, independientemente de encuadrarse en el modelo más suntuoso de pazo, propio de los sectores más elitistas del grupo hidalgo, o en los más modestos de torres, *pousas* o casas grandes, en las que habitaban componentes menos pudientes de la pequeña nobleza territorial, en su mayoría, acostumbraban a contar con una serie de características que las diferenciaban manifiestamente del resto de los miembros de la comunidad³⁰.

Las construcciones pacesgas transmiten una idea de preeminencia, así como de la distancia que separa a sus dueños de las pequeñas casas campesinas que los circundan. Los muros que rodean a muchos pazos, con su portalón de entrada blasonado, junto con la pétreo escalinata que conduce a la mansión, son los primeros elementos que sirven para marcar las distancias, en un afán de diferenciarse del conjunto de la comunidad, como un lugar distinguido en el contexto del contorno aldeano³¹. La chimenea, de proporciones monumentales, con su grandiosidad también denotaba el poderío de la Casa, y exteriorizaba al conjunto de la comunidad local la idea de una cocina bien provista de viandas. Otros rasgos suntuarios ajenos a la fábrica principal, y propios del conjunto constructivo de las residencias hidalgas eran la capilla aneja, el palomar, así como el jardín y el ciprés, que también simbolizan el poder y privilegio de los moradores. Uno de los componentes simbólicos de muchos pazos era la capilla, cuya creación manifestaba un privilegio, pues los oratorios privados servían para resaltar la distinción de la familia hidalga que puede oír misa a parte y tener un curador de almas para sí. Palomar y ciprés completan los rasgos distintivos del pazo gallego, tal y como expresa el dicho popular: «Casa grande con capilla, palomar y ciprés, pazo es».

Las *pousas* y pazos hidalgos, además de moradas residenciales, actuaban como instituciones económico-sociales de las familias, y poseían un rol simbólico de gran trascendencia, como emblema de estas élites, pues eran centros de explotación y administración del territorio, a la par que sedes de un linaje³², por lo que se configuraban como auténticos referentes simbólicos. Si bien la ambición de todo hidalgo que se precie era construir mansiones dignas de sus caudales y categoría social, y que además superen a las de sus rivales, sin embargo, en la práctica los estudios realizados sobre la hidalguía gallega han constatado que durante buena parte del s. XVII. y en muchos

³⁰ RIVERA RODRÍGUEZ, M^a. T., *Los pazos orensanos*, A Coruña, 1982; MARTÍNEZ BARBEITO, C., *Torres, pazos y linajes de la provincia de La Coruña*, A Coruña, 1982; VILA JATO, M^a. D., «El pazo en Galicia», en G. Ramallo Asensio (coord.), *Arquitectura señorial en el norte de España*, Oviedo, 1993; GARCÍA IGLESIAS, J. M., *Pazos de Galicia*, A Coruña, 1992; PEREIRA MORALES, A., *Os pazos. Moradas fidalgas de Galicia*, Vigo, 1995.

³¹ DOMÍNGUEZ CASTRO, L., «Mesa farta, bodega franca, bolsa aberta: a vida cotiá da fidalguía galega no século XIX», en VV. AA., *Un percorrido pola Galicia cotiá*, Santiago, 1998, p. 454; SAAVEDRA, P., «La economía pacega en el Antiguo Régimen», *Actas I Congreso Ibérico de Casas Solariegas*, Vigo, 2004, p. 55.

³² MIGUÉS, V. M., «Entre la casa institucional y la casa residencial: imagen social y justificación simbólica de la hidalguía gallega en Galicia», *Obradoiro de Historia Moderna*, n^o 14, 2005, pp. 201-223; MONTEIRO, N. G., «Casa e Linhagem: o Vocabulário Aristocrático em Portugal nos séculos XVII e XVIII», *Penélope*, 12, 1993.

casos aún en el XVIII, la mayoría de las *pousas*, aunque en la documentación a menudo aparezcan conceptuadas como «palacios y casas principales», tienen en realidad un carácter rústico, propio de grandes casas de labranza. Así, en tierras de la jurisdicción de Folgoso las moradas de la hidalguía apenas se distinguen de las de los labradores ricos, y aquellas que pueden recibir la denominación de pazo «non teñen moitos máis elementos decorativos que o blasón da fachada»³³. Un panorama similar se puede observar en la antigua provincia de Mondoñedo, en la que muchos hidalgos viven en casas relativamente modestas, en las que no faltan los elementos propios de cualquier morada campesina (aperos de labranza, ganado, provisiones de grano, paja, etc.). Los inventarios de otras zonas del Reino, también confirman dicha tendencia, tal y como se constata en varias comarcas del interior gallego, tanto del área lucense como orensana, así como de la Galicia occidental, como la Ulla o el Morrazo, entre otras³⁴. En virtud de ello, algunos autores no han dudado en proponer la conveniencia de matizar la generalización del término pazo para definir las moradas del conjunto de la hidalguía gallega, en el convencimiento de que la mayoría de los hidalgos rurales vivían en auténticas casas de labranza, y sólo una minoría muy selecta moraba en construcciones, cuyo tamaño, suntuosidad, y calidad artística, autorizan a emplear el término pazo con total propiedad³⁵.

Con anterioridad al siglo de las Luces existían algunas residencias hidalgas que merecían plenamente el apelativo de pazos, tanto por su portentosa estructura arquitectónica como sobre todo por el innegable gusto refinado de sus moradores reflejado por el lujo del mobiliario y la decoración interior; tal y como ocurre con los pazos de Castro de Amarante, Vilar de Ferreiros, Ortigueira o Mariñán, que ofrecían un aspecto grandioso, muy lejano de la rudeza de las viejas *pousas*³⁶. Empero, en buena parte de los casos habrá que esperar hasta el s. XVIII para que se produzca una verdadera transformación de muchas *pousas* a pazos, y la multiplicación y especialización de estancias, así como el aumento y diversificación del mobiliario y de objetos de uso individual adquieran plena difusión como clara manifestación de la urbanización de los pazos³⁷, contribuyendo al avance del «proceso de civilización» y por ende de lo que se ha dado en denominar la «cultura de las apariencias»³⁸.

³³ SANDOVAL VERA, F., *Un estudio de historia local...*, pp. 58-59.

³⁴ SAAVEDRA, P., *Economía. Política...*, p. 576; MIGUÉS, V. M., *As terras...*, pp. 220-221; PRESEDO, A., «A pequena fidalguía rural e aparcería de gando: a casa de San Xiao de Carballo - Friol (1680-1800)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XLIV, n^o 109, 1997; SAAVEDRA, P., *Economía rural antigua...*, p. 78; DOMÍNGUEZ CASTRO, L., «Las tierras vinculadas...», p. 129; REY CASTELAO, O., *Aproximación...*, p. 159; RODRÍGUEZ FERREIRO, H., «La hidalguía rural...», p. 217.

³⁵ MIGUÉS, V. M., *Pousas e Fidalgos no Miño Medio. Arquitectura, territorio e sociedade nos solares da Terra de Chantada*, Lugo, 2004, p. 53.

³⁶ SAAVEDRA, P., «O pazo e a súa vida cotiá», en *Galicia Única. Galicia renace*, Santiago, 1997, p. 406; y «A vida cotiá da fidalguía pacega», VV. AA., *Un percorrido...*, (pp. 373-396), p. 378.

³⁷ PRESEDO, A., «La hidalguía gallega...», p. 242.

³⁸ ELÍAS, N., *El proceso de civilización...*; ROCHE, D., *La culture des apparences...*

En realidad dicha tendencia hacia el refinamiento de las costumbres está profundamente mediatizada por la conformación de una elite hidalga, que se constituye al ir concentrándose multitud de Casas en un número relativamente reducido de familias, por medio de un proceso de agregación de vínculos, que aumenta de forma notable sus patrimonios, y por tanto la disponibilidad de invertir en consumo conspicuo en sus diversas formas³⁹. En este contexto, el s. XVIII será un período de gran renovación de la arquitectura nobiliaria gallega, sobre todo su segunda mitad, momento en que se construyen los pazos más suntuosos de Galicia, y tienen lugar importantes transformaciones en los ya existentes, alcanzando su máximo esplendor como mansiones residenciales a la búsqueda de una mejora de las condiciones de habitabilidad y prestigio⁴⁰. Si bien todavía en el XVIII muchos hidalgos gallegos vivían en construcciones muy sobrias y rústicas, algunas de ellas aún auténticas casas fuertes o casas grandes con torre, con apariencia medieval, sin embargo, el setecientos marca la evolución de un selecto grupo de pazos, que alcanzan un alto grado de sofisticación tanto en el ámbito arquitectónico en su apariencia exterior, como en su disposición interior⁴¹. La contabilidad de varias Casas hidalgas refleja importantes gastos en obras y reparos en sus residencias, con la incorporación de nuevas estancias y elementos tales como escalinatas, balaustradas, esculturas, fuentes y jardines ornamentales⁴².

Los jardines también servían para enfatizar la distinción de los hidalgos del resto de los aldeanos, permitiendo a sus dueños el disfrute en exclusiva de la espectacular presencia de exóticas plantas y árboles floridas a lo largo de todo el año (camelias, rododendros, magnolias, azaleas, hortensias...), así como de elementos arquitectónicos y escultóricos que denotaban cierto refinamiento (escalinatas pétreas, fuentes exentas o murales, estanques, relojes de sol, bancos y cenadores, etc.)⁴³. La aparición del jardín

³⁹ Así, al conde de Amarante antes de mediados del XVIII van a parar las casas de Oca, Parga, Xunqueiras, Mota, Torés. Sober... o el señor de Noceda, de la montaña lucense, hacia 1770 hereda el patrimonio de 9 Casas; del mismo modo, a finales de siglo la unión de los Prado y los Neira supone la reunión en un sólo tronco de 13 antiguas casas. SAAVEDRA, P., «A vida cotiá da fidalguía...», p. 380; y *La vida en los pazos...* p. 296.

⁴⁰ VILLARES PAZ, R., «La nobleza gallega en los siglos XVI al XIX: la hegemonía de la hidalguía de pazo», *Nobleza y sociedad en la España Moderna*, Oviedo, 1997.

⁴¹ SAAVEDRA, P., «O pazo e a súa vida...», p. 416; PRESEDO, A., «Luxo e cultura...», pp. 159 y ss.; MIGUÉS, V. M., *A fidalguía gallega...* p. 141; *As terras...*, pp. 349 y ss.; SÁNCHEZ GARCÍA, J. A., «Los pazos de la Ilustración y el Romanticismo: nuevas ideas, viejas formas», en *La Galicia de los Pazos. La Voz de Galicia*, A Coruña, 2001, p. 258.

⁴² En el pazo de Oca se hacen grandes inversiones en obras que se intensifican sobre todo en las décadas de 1720-30 y de 1770-90, o en la casa de Xunqueiras los gastos en obras y reparos a lo largo del XVIII, se incrementan notablemente en años como 1768-69. SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 304; SANTOS IGLESIAS BLANCO, A., *A casa de Xunqueiras nos séculos XVIII e XIX. Contribución ó estudio das economías fidalgas*, Santiago, 2004, p. 187.

⁴³ PEREIRA MORALES, A. M., *Os pazos*, Vigo, 1996, p. 82; RODRÍGUEZ DACAL, C.; IZCO, J., *Pazos de Galicia. Jardines y plantas*, Santiago, 1994; SÁNCHEZ GARCÍA, J. A., «Una señorial y melancólica escena. El romanticismo y el jardín de los pazos gallegos», en C. Añón y M. Luengo (coords.), *Jardín y romanticismo*, Madrid, 2004, pp. 147-180.

en los pazos gallegos hay que situarla en el contexto de mejora de las condiciones de habitabilidad y búsqueda de prestigio de las residencias hidalgas⁴⁴, siendo el jardín hortícola el precursor de todas las manifestaciones jardinísticas, que con el paso del tiempo se transforman en jardines ornamentales, símbolo claro del refinamiento de vida alcanzado por la nobleza territorial⁴⁵.

Se ha constatado que el progresivo desarrollo del jardín pacego abarca un período muy amplio, desde los inicios del siglo XVI, de los que sólo se conserva la célebre retícula de olivos del pazo de Santa Cruz de Rivadulla, en Vedra (1525), hasta el s. XX⁴⁶. Con anterioridad al XVIII apenas destaca la existencia de jardines ornamentales, y si bien se empiezan a rastrear los primeros indicios de un carácter lúdico, en realidad no se renuncia a los elementos utilitarios tal y como reflejan los jardines de tipo hortícola o los estanques conjugados con molinos existentes en los pazos de Castro de Amarante y Oca. Así, hacia 1680 el primero poseía un jardín con estanque, molino y una huerta⁴⁷, y en las primeras décadas del XVIII el señor de Oca tenía todavía un concepto muy utilitario del terreno que rodea al pazo⁴⁸.

Si bien en el XVIII se constata la existencia de varios jardines mixtos, que combinan el jardín hortícola con el ornamental (pazos de Oca, Mariñán, Montecelo, etc.), empero, será en el XIX cuando florezcan buena parte de los jardines pacegos, en el momento en que la hidalguía gallega entra en contacto más frecuente con las tendencias aristocráticas europeas⁴⁹. En el pazo de Oca, residencia temporal de los condes de Amarante, el jardín se configura como espacio de recreo, de sociabilidad y de prestigio social en el transcurso del XVIII, pues si bien en la primera mitad aún no aparecía claramente separado de la huerta, en la década de 1790, sus jardines ya tienden a desarrollarse como un espacio individualizado, con la adopción de modelos franceses (parterres)⁵⁰, consolidándose la faceta ornamental en detrimento de la productiva a lo largo del XIX⁵¹. Una de las obras maestras de la jardinería pacega gallega se encuentra en el pazo de Mariñán, se trata de un espacio ecléctico formado por un jardín antiguo, construido a principios del s. XIX, sobre jardín del XVIII, con actuaciones posteriores, practicadas desde mediados del siglo XX⁵². En el pazo de

⁴⁴ SÁNCHEZ GARCÍA, J. A., «Prestigio y sensibilidad. El umbrío jardín de los pazos gallegos», *Museo Romántico*, nº 4, Madrid, 2002, pp. 96-127.

⁴⁵ RODRÍGUEZ DACAL, C.; IZCO, J., *El pazo de Mariñán. Plantas, jardines y paisaje*, A Coruña, 1997, pp. 41-42.

⁴⁶ RODRÍGUEZ DACAL, C.; IZCO, J., *El jardín de los pazos gallegos: Espacio de recreo y fuente de recursos*, Santiago, 1994.

⁴⁷ TABOADA ROCA, A., «Cotos e xurisdiccions de Galicia», *Arquivo do Seminario de Estudos Galegos*, Santiago, nº 1, 2 (1929), pp. 231 y ss.

⁴⁸ SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 305.

⁴⁹ MARTÍN CURTY, J. A., *Los jardines cerrados*, Santiago, 1987.

⁵⁰ SAAVEDRA, P., *op. cit.*, p. 307.

⁵¹ RODRÍGUEZ DACAL, C., «Jardines y pazos de Oca y Santa Cruz», en *Simpósio Internacional Paleoaambiente Cuaternario en la Península Ibérica*, Santiago, 1995, (pp. 165-173), p. 166.

⁵² RODRÍGUEZ DACAL, C. y IZCO, J., *El pazo de Mariñán...*, p. 49; SÁNCHEZ GARCÍA, J. A., *Mariñán. Pazo de los sentidos*, A Coruña, 1999.

Montecelo, de los Bermúdez de Castro, a finales del XVIII ya existía un jardín con espacio para el disfrute de la familia, probablemente se trataba de una solución de jardín mixto, en la que alternaban las especies ornamentales formando cuadros delimitados por setos en sencilla forma geométrica con plantaciones frutales y legumbres destinadas al consumo de los dueños⁵³. La plantación del actual jardín de parterres se debe a actuaciones posteriores, en el último tercio del XIX, seguramente inspiradas en las acometidas en los jardines del pazo de Mariñán.

Pero si el aspecto exterior de las residencias de la elite de la hidalguía gallega irradiaban poder y ostentación, en los interiores de los grandes pazos llamaba la atención su amplitud, con un gran número de dependencias⁵⁴, así como la suntuosidad de la decoración, con un lujoso mobiliario frecuentemente elaborado con maderas preciosas, o materiales finos y exóticos (tortuga, nácar, marfil, etc.). Así, en la casa de Santiago de Compostela del Marqués de Astáriz, había camas de palo de rosa y otras maderas preciosas, arañas de madera y cristal, escritorios de nácar, bufetes, papeleras, vitrinas, etc., y en el pazo de Castro de Amarante no faltaban escritorios de tortuga y marfil, con sus bufetes, espejos, cuadros y múltiples objetos de oro y plata⁵⁵.

Aunque el debate sobre la generalización del lujo y la civilización de las *pousas* y pazos gallegos debe abordarse con cautela⁵⁶, al menos para los sectores más elitistas de la hidalguía parece constatar que en el s. XVIII, a medida que algunas familias hidalgas acumulaban importantes patrimonios tiene lugar una creciente inversión en el consumo de bienes de lujo. De este modo, P. Saavedra analizando varios inventarios de residencias pacesgas de diferentes comarcas gallegas, observa que casos como el del recuento de bienes fincables de D. José Antonio Lemos Menéndez, realizado en 1755 en la casa «y palacio de Quinta Alonga», en Ribadeo, el de D. Pedro de Ulloa Miranda y Ribadeneira, en su casa de la montaña lucense de S. Juan de Noceda (1724), o bien el del Marqués de Astáriz, realizado a mediados del XVIII en el *pazo* de Noceda, en la Ulla. «poñen de manifesto que no século XVIII a elite fidalga, calquera que sexa o lugar no que vive, participa activamente do 'proceso de civilización'»⁵⁷. Del mismo modo, A. Presedo manejando los inventarios de la Casa de Goldeiros (1746) en

⁵³ SÁNCHEZ GARCÍA, J. A., «El jardín de una élite: Los Bermúdez de Castro y el pazo de Montecelo en los siglos XVIII y XIX», en C. Fernández Cortizo *et alii*, *Universitas...*, vol. II, (pp. 113-135), p. 121.

⁵⁴ El pazo de Oca a finales del XVIII tenía 25 dependencias. SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 310.

⁵⁵ BARREIRO MALLÓN, B., «Las clases urbanas...», p. 461; SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 141.

⁵⁶ Para V. M. Migués dicho debate «se debe entablar en términos conservadores», pues estas residencias demostraban su simbolismo más en el exterior que en el interior. Analizando los inventarios de 28 residencias hidalgas llega a la conclusión de que «las casas hidalgas eran importantes centros de consumo de un acusado funcionalismo y con una gran austeridad que resultaba extensible a todas las tipologías». MIGUÉS, V. M., «Una visión en panorámica de la hidalguía gallega», *Obradoiro de Historia Moderna*, 2000, (pp. 301-323), p. 320; *As terras, as pousas...*, pp. 371 y ss.

⁵⁷ SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 146.

Cospeito, del *pazo* de Oíns (1769) en tierras de Arzúa, o de la Casa de Rizal (1781) en la mariña lucense, se encuentra con unas residencias hidalgas bien provistas de mobiliario labrado y de calidad, así como de colecciones de láminas, cuadros y conjuntos escultóricos⁵⁸.

Los recuentos de bienes analizados por V. M. Migués de las casas lucenses de Lagariños (1692), de Fingoi (1736), o de San Fiz (1761 y 1798), también constituyen un ejemplo de residencias bien provistas en el ámbito decorativo. Concretamente el *pazo* lucense de la Casa de Fingoi, en 1736 «se hallaba surtida como una de las principales de la ciudad y su provincia», reflejando un alto nivel de confort y bienestar, a juzgar por la variedad y cantidad de mobiliario contabilizado, entre el que no faltan camas colgadas de damascos y terciopelos, escritorios, abundantes objetos de plata labrada, así como una rica decoración en los amplios cuartos, entre la que llamaban la atención 92 cuadros, y casi una treintena de adornos religiosos, mientras que cortinas, alfombras, esteras, frisos, y varios espejos y relojes, decoraban suelos y paredes de las estancias. De igual modo, el inventario realizado a fines del XVIII en la Casa de San Fiz muestra la existencia de sedas de damasco, abundantes cofres, mesas, cuadros, cornucopias, bufetes, escritorios, tocadores, cortinas, etc.⁵⁹.

Por tanto en Galicia en el XVIII la notable multiplicación del número de estancias en las *pousas* o pazos rurales de la hidalguía (salas y alcobas anexas), la generalización de un mobiliario rico y variado, con presencia de camas torneadas y «con colgadura», la existencia de objetos como espejos, relojes, esteras, y papeleras o el incremento y la abundante decoración de las estancias con cortinajes, cuadros o estampas, todo ello, pone de manifiesto que las elites hidalgas participan activamente del proceso de civilización de costumbres y de intensificación del consumo (en la línea de lo que está ocurriendo en otras áreas de Europa, en donde se observa una auténtica revolución de los objetos, así como de las apariencias⁶⁰), buscando un mayor confort en sus residencias, a imitación de la alta nobleza, lo que refleja una forma de vivir de las clases privilegiadas muy lejana de la que caracterizaba a los sectores populares del mundo rural. Lógicamente, una buena proporción de la hidalguía gallega tenía una situación económica que ni por asomo les permitía la ingente inversión en consumo conspicuo

⁵⁸ PRESEDO, A., «Luxo e cultura...», pp. 158 y ss.

⁵⁹ MIGUÉS, V. M., *As terras...*, p. 358.

⁶⁰ Para el caso francés vid. CORNETTE, J., «La Révolution des objets. Le Paris des inventaires après décès (XVIIe-XVIIIe siècles)», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXXVI, (1989), pp. 476-486; ROCHE, D., *La culture des apparences...*; *La France des Lumières*, París, 1993, pp. 503 y ss.; y *Histoire des choses banales. Naissance de la consommation dans les sociétés traditionnelles (XVIIe-XIXe siècles)*, París, 1997; GARNOT, B., *Le peuple au siècle des Lumières. Échec d'un dressage culturel*, París, 1990, pp. 154 y ss.; y *Un déclin: Chartres au XVIIIe siècle*, París, 1991, pp. 195 y ss. Sobre la revolución del consumo en la sociedad inglesa antes de la Revolución Industrial vid. MCKENDRICK, N.; BREWER, J. y PLUMB, J. H. (eds.), *The Birth of a consumer society. The Commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, 1982; McCracken, G., *Culture and consumption. New approaches to the symbolic character of consumer goals and activities*, Indianapolis, 1990; BREWER, J. y PORTER, R. (eds.), *Consumption and the world of goods*, Londres, 1994.

de que gozaba el selecto y reducido grupo de la elite hidalga, quedando prácticamente ajenos a dichas tendencias «civilizadoras». Así, las contabilidades de muchos miembros de la nobleza media y baja reflejan las dificultades para la adquisición de productos de lujo, predominando un consumo austero⁶¹, supeditado a gastos vinculados a necesidades fundamentales, así como la ausencia casi total de consumo conspicuo⁶².

4. El servicio doméstico como elemento diferenciador

El número de criados también constituía un buen espejo del nivel de vida de la hidalguía gallega, un modo palpable de exhibir su poderío económico; por ello resultaba muy atractivo para los miembros de este estamento contar en sus residencias con una nutrida proporción de domésticos a su servicio como símbolo de lujo, ostentación, poder y riqueza. Si bien no todos los hidalgos tenían criados, empero, un buen porcentaje de ellos, y sobre todo el grupo más elitista de la pequeña nobleza galaica acostumbraba a mantener en sus residencias, — fundamentalmente en las urbanas, pero también en sus pazos rurales —, a un número importante de sirvientes, que en determinados casos podía llegar a superar la docena.

La cantidad de servidores no evidencia sólo las necesidades materiales de las familias hidalgas, sino también el deseo de ostentar, de manifestar públicamente que el patrimonio y las rentas de la Casa permiten costear una buena proporción de soldadas de asistentes, aunque se pudiese prescindir de parte de ellos⁶³. La importancia económica de las Casas hidalgas estaba en correlación directa al número de personas que dependían de ella, a las que se daba cobijo, vestido y alimento, por lo que el despido de sirvientes podía llegar a considerarse como señal de la existencia de apuros económicos y por consiguiente empañar el prestigio de la familia hidalga de la que dependían⁶⁴.

Algunos autores han identificado como listón identificativo de elite, el contar con un servicio de más de dos criados, en el convencimiento de que la mayor presencia de domésticos en una casa constituye un interesante indicador de su estatus social⁶⁵.

⁶¹ Tal y como se constata en otras zonas de España. GÓMEZ Y GARCÍA DE LA BUELGA, J., *Los hidalgos langreanos. Historia de la Casa de la Buelga y el Concejo de Langreo en los ss. XVI y XVII*. Gijón, 1994, pp. 180 y ss.; ARAGÓN MATEOS, S., *La nobleza extremeña en el XVIII*, Mérida, 1990, pp. 370 y ss.; LÓPEZ BENITO, C. y RUPÉREZ, A., «Aportación al estudio de la nobleza salmantina en la Edad Moderna a través de sus casas», *Srvdia Histórica*, X-XI, 1993, pp. 137 y ss.

⁶² MIGUÉS, V. M., «Una visión en panorámica...», p. 320; *As terras...*, pp. 371 y ss.

⁶³ EIRAS ROEL, A., «Las elites urbanas de una ciudad tradicional. Santiago de Compostela a mediados del s. XVIII», en *Actas II Coloquio Metodología Histórica Aplicada. La Documentación notarial y la Historia*, Santiago, 1982, vol. I, p. 122.

⁶⁴ RODÍGUEZ FERREIRO, H., «La hidalguía rural del Morrazo...», p. 233.

⁶⁵ GUTTON, P., *Domestiques et serviteurs dans la France de l'Ancien Régime*, París, 1981, p. 45; CASALINI, M., «La domesticité comme 'indicateur social'. Une étude sur Florence au milieu du XIX siècle», in A. Fauve-Chamoux y I. Filalova (eds.), *Le phénomène de la domesticité en Europe, XVIIe-XXe siècles*, Praha, 1997, (pp. 165-178), p. 174.

En el caso de la hidalguía gallega, aunque no siempre, se constata que en muchos casos se superaba con creces dicho listón, incluso si atendemos a medias globales por zonas. Normalmente los niveles más altos de servicio doméstico se observan en las familias hidalgas que residían en las ciudades. Así, por ejemplo, a mediados del XVIII en Santiago y Pontevedra la media de criados al servicio de las elites urbanas era de 3 y 3,9 respectivamente⁶⁶, mientras que en la ciudad de Betanzos y alrededores los hogares hidalgos contaban con una media de 3,5 criados/as, con casos tan portentosos como el de D. Diego Luis Bermúdez de Castro que tenía a su servicio a 15 criados varones, 5 criadas y otros dos menores de edad⁶⁷; mientras que en esa misma fecha con valores similares, en la ciudad de Lugo, el 85,2% de las casas comandadas por hidalgos disfrutaban de servicio doméstico, con una media de 3,4 criados por hogar⁶⁸. No obstante, seguramente por emulación de los hábitos urbanos, a los habitantes de los pazos rurales también les placía tener a su servicio a un amplio número de asistentes; de este modo, en el antiguo partido judicial de Arzúa el 80, 5% de las familias hidalgas contaban con criados en sus casas, con una media de 2,8 sirvientes⁶⁹; y en la jurisdicción de Folgoso, en la antigua provincia de Santiago, la media era de 2,5 criados por hogar. En la Galicia oriental, en tierras del interior lucense, el 58,8% de los hogares hidalgos tenían algún criado, con un promedio de 3,02 por hogar, alcanzando en el caso de Chantada el 62%, con una media de 2,7 asistentes por familia hidalga⁷⁰.

No obstante, en algunas ocasiones estas medias de entre 2,5 y 3,5 domésticos trabajando en cada morada hidalga, eran ampliamente superadas. Así, hacia 1752 D. Miguel de Villar Chazón Bernárdez de Temes, tenía a su servicio en su pazo de S. Lorenzo de Brandeso a 13 asistentes, entre un paje, una doncella, una ama de cría, una cocinera, un mayordomo, un ayo, dos criados, dos criadas y tres criados de labranza⁷¹. El mismo número de domésticos tenía D. Juan Joseph Osorio y Santiso en su pazo de Carballedo, en tierras lucenses, contribuyendo a que en su residencia pacesga conviviera el amplio número de 20 personas, entre familiares y sirvientes⁷², por lo que no es de extrañar que para tierras mindonienses P. Saavedra llegue a afirmar que «alrededor de un cuarto a un tercio aproximadamente de los componentes de los hogares de la hidalguía eran personas de servicio»⁷³. En ocasiones nos encontramos

⁶⁶ EIRAS ROEL, A., *op. cit.*, p. 122; FERNÁNDEZ CORTIZO, C., «Estructura y composición de un grupo doméstico en un medio urbano: Pontevedra a mediados del s. XVIII», *Jubilatio*, Santiago, 1987, p. 300.

⁶⁷ VAQUERO LASTRES, B., «La hidalguía de Betanzos en el siglo XVIII», *Anuario Brigantino*, 9 (1986), p. 55.

⁶⁸ SOBRADO CORREA, H., *La ciudad de Lugo en el Antiguo Régimen*, Lugo, 2001, p. 69.

⁶⁹ PRESEDO, A., «Luxo e cultura...», pp. 147-148.

⁷⁰ PRESEDO, A., *op. cit.*, pp. 147-148; SANDOVAL VERA, F., *op. cit.*, p. 275; SOBRADO CORREA, H., *Las tierras de Lugo en la Edad Moderna. Economía campesina, familia y herencia, 1550-1860*, A Coruña, 2001, p. 78; MIGUÉS, V. M., *As terras...*, p. 79.

⁷¹ PRESEDO, A., *op. cit.*, p. 147.

⁷² SOBRADO, H., *La Tierra de Castroverde en el Antiguo Régimen. Un estudio de Historia rural*, Santiago, 1992, p. 41. (Tesis de Licenciatura inédita).

⁷³ SAAVEDRA, P., *Economía, Política...*, p. 577.

casos excepcionales, como ocurre en el pazo de Santa Cruz de Rivadulla, cuyo personal de servicio contaba con 21 miembros, entre 5 criados principales, 1 lacayo, 1 cocinero, dos «litereros», 4 criados «menores», 3 criados de menos de 18 años y 5 criadas, para atender solamente al marqués D. Juan Armada y Mondragón y a su madre⁷⁴. Tampoco hay que olvidar que al servicio de las Casas hidalgas acostumbraban a estar mayordomos, administradores e incluso capellanes, que no siempre aparecen conceptuados como criados en fuentes como el Catastro de Ensenada.

5. Lujo y refinamiento en la mesa. El sustento como signo de distinción social

En el Antiguo Régimen estaba más o menos aceptado que cada cual debía comer de acuerdo a su «calidad», por lo que la alimentación popular contrastaba con la de los grupos privilegiados, mucho más rica y variada⁷⁵. Las contabilidades de las casas hidalgas reflejan como el gasto en alimentos era un aspecto al que los hidalgos dedicaban un importante porcentaje de sus ingresos. Así, en 1734 y 1749 años en los que los señores estuvieron en la casa de Xunqueiras los gastos destinados a alimentación ascendieron al 34,1% y 17,4% respectivamente, sobre el total de gastos⁷⁶.

Uno de los rasgos que caracterizaban a la alimentación de los grupos privilegiados era el consumo de carne, no sólo en cantidad, sino también en calidad y variedad, así como de pescado, y otras viandas, algunas de ellas muy refinadas. En las casas de nobles e hidalgos, se consumían a diario carnes de todo tipo: carneros, cabritos, corderos, vaca fresca o cecinada, lechones, e incluso carne de cerdo (tocinos, jamones...), junto con carne de ave; pues la volatería, de corral o de caza, era una de las carnes más apreciadas, reservada a las elites de la sociedad como la nobleza, por lo que gallinas, pollos, capones, patos, palomas, perdices, faisanes, becadás, etc., solían tener presencia en las mesas de los hidalgos gallegos⁷⁷. Dentro de la dieta diaria la carne, y particularmente la vacuna suele ocupar un lugar privilegiado en el menú, representando un porcentaje importante del gasto alimentario; de este modo, en la Casa de San Fiz de Asma (Lugo) entre 1760 y 1815 la carne de vacuno suponía alrededor del 35% del total⁷⁸. Y en el menú diario que consumía la familia Porras en el pazo de Raíndo, en Vila de Cruces⁷⁹,

⁷⁴ REY CASTELAO, O., *Aproximación a la historia rural...*, p. 156.

⁷⁵ FLANDRIN, J. L., «La distinction par le goût», en Ph. Ariès et G. Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée de la Renaissance aux Lumières*, París, 1986, pp. 267-309.

⁷⁶ SANTOS IGLESIAS BLANCO, A., *A casa de Xunqueiras...*, p. 199 y tabla 37, p. 294.

⁷⁷ Al igual que ocurre en la nobleza europea. DUNIÉ-MÉRIGOT, G., «La spécificité du cadre de vie de la noblesse Landaise à la fin du XVIIIe siècle», *Annales de Midi. Revue de la France méridionale*, t. 115, nº 241, Janvier-Mars 2003, (pp. 89-102), p. 92.

⁷⁸ MIGUÉS, V. M., «Una visión en panorámica...», p. 320.

⁷⁹ PRESEDO, A., «O luxo na fidalguía galega a través do exemplo da Casa-Torre de Raíndo, 1798-1800», en L. Alonso Girgado (coord.), *Homenaxe ó profesor Manuel Quintáns*, Santiago, 1999, p. 193; BARREIRO MALLÓN, B., «El dominio de la familia Porras y la evolución de las rentas agrarias en la tierra de Santiago», *Obradoiro de Historia Moderna*, Santiago, 1990.

o en del pazo de Oca, la vaca era la carne predominante, de la que en 1797 se llegan a adquirir 5.063,5 libras⁸⁰. El libro de caja de la Casa de Doña Nicolasa Antonia Saavedra, viuda de S. Jorge Montenegro y Rivadeneira, vecinos de S. Juan do Mato (Lugo), en 1750 refleja la abundante y variada alimentación de que disfrutaban los miembros de las Casas hidalgas, con provisiones de carne de todo género tanto frescas como en cecina, pescados frescos y curados, huevos, quesos y otros productos como el chocolate, dulces, aceitunas, bizcochos, azucarillos, etc.⁸¹. Las cuentas de la Casa de Xunqueiras del año 1771 también reflejan el consumo de carne de vaca, carneros, aves de corral como pollos y gallinas, de perdices, y huevos, así como de una amplia variedad de pescados: pulpos, anguilas, fanecas, pescadas, besugos, barbos, rodaballos, sardinas, róbalo y escabeches⁸².

Precisamente uno de los rasgos que mejor definía la alimentación de la elite hidalga era la disponibilidad en sus mesas de toda suerte de productos, algunos de ellos muy refinados. En la década de 1790 el conde de Amarante, recibía en Santiago de Compostela provisiones de varias zonas del territorio gallego, entre ellas, productos cárnicos como caza, capones, cecina, tocinos, chorizos, jamones y lengua de vaca y de cerdo, así como pescados de diverso tipo: anguilas, barriles de congrio y sardinas en escabeche, ostras, mejillones, rodaballos, etc.; sin olvidar productos proteínicos como los huevos o derivados lácteos como manteca y quesos, o bien bizcochos y tortas, gran cantidad de frutas, y vino⁸³.

La ingestión de productos costosos y refinados, cuyo consumo distinguía a las gentes principales, y elevaba su estima social, era algo propio de los privilegiados, por lo que entre los comensales de los pazos existía una clara voluntad de disfrutar de productos alimenticios de gran exquisitez o cuya rareza u originalidad los convertía en signos sociales fuertes. En esta perspectiva, el consumo de frutas fuera de temporada, era una forma de lujo particularmente apreciada por las elites⁸⁴, así como el de productos de importación. Además, algunos productos distinguen las actitudes alimentarias de la nobleza (chocolate, café, té...), tal y como reflejan los inventarios y libros de caja de algunos pazos gallegos⁸⁵. A través del refinamiento en la mesa, las elites buscaban distinguirse del resto de la sociedad, de la alimentación más monótona y grosera. Así, frente a técnicas culinarias muy simples que caracterizan a las clases populares, aunque la cocina en los pazos no llegase a alcanzar un gran refinamiento,

⁸⁰ SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 311.

⁸¹ SOBRADO, H., «Las condiciones de vida del campesinado lucense en el Antiguo Régimen», en VV. AA., *Un recorrido...* (pp. 417-438), p. 424.

⁸² SANTOS IGLESIAS BLANCO, A., *op. cit.*, p. 203.

⁸³ SAAVEDRA, P., «A vida cotiá...», p. 390.

⁸⁴ MEYZIE, PH., «À la table des élites bordelaises du XVIIIe siècle», *Annales de Midi. Revue de la France méridionale*, t. 115, nº 241, Janvier-Mars 2003, (pp. 69-87), p. 77.

⁸⁵ PRESEDO, A., «La hidalguía gallega...», p. 243; MIGUÉS, V. M., *As terras...*, pp. 378-379. Los libros del pazo de Casaldereito de la segunda mitad del XIX reflejan como la familia Pardo tiene un elevado consumo de productos como chocolate, té o café. DOMÍNGUEZ CASTRO, L., *Viños, viñas e xentes do Ribeiro. Economía e patrimonio familiar, 1810-1952*, 1992, pp. 166-172.

sí suele contar con especias y condimentos como azafrán, pimienta, canela, clavo, sal, ajos, limón, aceite, etc., que denotan un mayor afán por disfrutar de una cocina un poco más elaborada y condimentada. Además, la presencia de lujosas vajillas, de cubiertos, y de servicios de plata, contribuye a magnificar una idea de distinción en la mesa.

Sin embargo, el carácter privilegiado de la alimentación de los hidalgos no sólo se manifestaba en el ámbito privado, de puertas adentro, con despensas bien provistas y lujo y refinamiento en las mesas de sus pazos, sino también de cara al exterior, a la comunidad, como símbolo de preeminencia social, con motivo de recepciones, celebración de fiestas, cacerías, etc. Así ocurría en el caso de los festejos celebrados con ocasión del calendario agrícola o religioso, y que permitían a los señores hacer gala de su prestigio social, al hacer pública ostentación ante sus convecinos del consumo de abundantes y selectas viandas, así como del dispendio de música y fuegos de artificio. Son muy conocidas las fiestas de San Antonio en el pazo de Oca, o las de San Roque en el de Amarante, entre una amplia nómina de festividades organizadas por la hidalguía gallega⁸⁶. En el año 1796 en el pazo de Oca con motivo de la celebración de la fiesta de San Antonio se consumen una vaca y una ternera, tres carneros, un cabrito, dos corderos, 24,5 pares de pollos, 14,5 kilos de manteca fresca, huevos y nueces para dulce, entre los invitados y los campesinos, a los que se les da vaca, pan y vino, lo que nos puede dar una idea del impacto mediático que dichos alardes de hartazgo podían producir en la población local frente a las habituales estrecheces campesinas⁸⁷.

También en las celebraciones para congregar a miembros de las familias distinguidas de los alrededores, bien con fines de recreo, bien buscando el establecimiento de cordiales relaciones de cortesía o de planificadas estrategias de reproducción social, así como en convites organizados para agasajar a huéspedes de la familia, a ilustres visitantes o a miembros de las instituciones y representantes regios, se hacían amplios despliegues de gasto en una gran variedad de alimentos; con casos a veces tan espectaculares como el protagonizado en 1780 por el administrador del conde de Amarante, cuando agasaja en Sober (Lugo) a un relator y a sus criados con una comida en que no faltan varios tipos de carnes y pescados, entre ellos 304 libras de vaca, 18 pares de capones, 33 pares de pollos de asar y 50 pares de pollos de rellenar, 52 pares de perdices, varias libras de tocinos y jamones, 20 libras de diversos peces frescos, 200 unidades de sardinas, 53 libras de truchas, 6 barriles de ostras, 2 rodaballos, 6 congrios, 6 docenas de anguilas frescas y 8 docenas curadas, 48 libras de pescada, 36 libras de truchillas, 7 empanadas de angulas, sin olvidar varias cajas de dulces, almendras y quesos de Flandes⁸⁸. Igualmente las cacerías organizadas por los hidalgos solían ir acompañadas en no pocas ocasiones de suculentos banquetes, que se celebraban antes y después de las batidas⁸⁹. Los campesinos veían en esta ostentosa abundancia de la

⁸⁶ GONZÁLEZ LOPO, D., *Los comportamientos religiosos...*, p. 104.

⁸⁷ SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 311.

⁸⁸ SAAVEDRA, P., *A vida cotiá...*, p. 391.

⁸⁹ VELASCO SOUTO, C.F., *A sociedade galega...*, p. 43.

despensa señorial un símbolo de la preeminencia social que los señores tenían sobre ellos, máxime si se tiene en cuenta la precariedad de la dieta popular básica.

6. El lujo en la indumentaria: ricas galas y vestimenta a la moda

La vestimenta era también uno de los signos más primarios y poderosos de distinción social. A través del vestuario se manifestaba de manera clara el nivel económico y la posición que cada cual ocupaba en la sociedad, y además al procurar vestir a la moda se buscaba una función distintiva, en cuanto moda y honor presentaban analogías al contribuir ambas al trazado de un círculo social cerrado y al mismo tiempo separado de los demás⁹⁰. Hasta tal punto se consideraba el vestido expresión social, que en numerosas ocasiones, intervenía el gobierno legislando sobre la vestimenta, regulando el tipo de ropas a emplear en función del grupo al que se pertenecía, tratando de que no se pudiese en entredicho el valor de los signos distintivos que marcaban las diferencias sociales⁹¹.

En la Galicia de Antiguo Régimen, ante el absentismo de una alta nobleza cortesana, resultaba muy evidente el abismo que separaba a los miembros de la elite hidalga, ataviados con sus lujosas vestimentas, confeccionados con ricas telas y brocados de llamativos colores, de las clases populares, vestidas modestamente, con ropas sencillas, de tejidos bastos y colorido menos variado y alegre. En sus apariciones públicas la elite hidalga gustaba vestir con atuendos lujosos, complementados con joyas (hebillas de oro y plata, sortijas de brillantes, esmeraldas y zafiros, camafeos, brazaletes, etc.). Los inventarios post-mortem del grupo más selecto de la hidalguía gallega parecen indicar una predilección por la indumentaria elaborada con telas lujosas, de seda, tafetán, raso, tisú y holandas, etc., así como un gusto por lo exótico, al más puro estilo de la nobleza titulada. El vestuario del marqués de Santa Cruz de Rivadulla contaba todo él con recamados de oro, y estaba confeccionado en terciopelo y telas francesas. A un nivel más modesto, muchos hidalgos trataban de vestir elegantemente e incluían en sus indumentarias pequeños detalles de distinción y exotismo; así, en 1706 en el guardarropa de Doña María Antonia Pimentel, vecina de Bolaño (Lugo) destacaban entre otras prendas: «una basquina de pelo de camello y una toca de escomilla fina rodeada de encaje»⁹².

⁹⁰ Para Simmel dicha analogía resultaba clara, algo que se refleja sobre todo en su ensayo sobre la moda (1895). MARINAS, J. M., «Simmel y la cultura del consumo...», pp. 183 y ss.; LOZANO, J., «Simmel: la moda, el atractivo formal del límite», *REIS*, nº 89, enero-marzo, 2000, pp. 237-250.

⁹¹ SEMPERE Y GUARINOS, J., *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, Madrid, 1788, 2 t., p. 157; ÁLVAREZ OSORIO, A., «Lujo y movilidad social. Iglesia y Corona frente a la quiebra de la distinción en Castilla (siglos XVI-XVIII)», en *II Congreso Italo-Ibérico de Demografía Histórica*, Savona, 1992.

⁹² AHPL, *Protocolos*, Leg. 404/5, fol. 104.

Debido a la notable inversión en vestuario tanto masculino como femenino, los roperos de los pazos podían llegar a alcanzar importantes valores, por lo que entre los bienes inventariados, no resulta extraño encontrar algunos recuentos en los que el valor de las prendas de ropa supera el 50% de la tasación⁹³. Incluso algunos hidalgos rurales de escasos medios trataban de hacer alarde de sus pobres galas, aunque estas apenas podían lograr un toque de distinción con relación a los campesinos y demás gente común de sus dominios. Tratando de guardar las apariencias y el decoro exigidos por su nobleza de nacimiento, añadiendo en ocasiones pequeños elementos (adornos de plata, etc.) que denotaran cierta finura y elegancia en las maneras, cierto «porte» que los diferenciara de los campesinos⁹⁴.

7. La inversión en cultura. Arte y libros en los pazos hidalgos

En estrecha relación con el consumo suntuario, parte del cual ya de por sí se encontraba mediatizado por el influjo de un determinado ambiente cultural, la elite hidalga también muestra cierto gusto por invertir en elementos relacionados con la cultura, en un intento de hacer gala de un refinamiento cultural que los distinga del conjunto de una sociedad caracterizada por su escaso nivel cultural. Hay que tener presente que los señores de grandes pazos rurales como los de Oca, Santa Cruz de Rivadulla, Mariñán, Montecelo, Castro de Amarante, o de Sistallo, entre otros, se relacionaban con una elite urbana culta, – de cuyos valores muchas veces participaban –, y mantenían un círculo de relaciones influyentes, debido a la presencia entre sus miembros de colegiales, así como de cargos civiles y eclesiásticos. Además, al gusto por el arte mostrado por parte de un reducido y selecto grupo de ricos hidalgos, a través del encargo de monumentales residencias pacesgas, a destacados arquitectos del momento⁹⁵, así como en la presencia en sus residencias de láminas, pinturas, esculturas, piezas de arte mueble y otros elementos decorativos, dentro del proceso de progresiva multiplicación y especialización de las estancias, habría que añadir cierta inclinación a dotar a sus residencias de bibliotecas privadas.

En general se puede decir que en Galicia la potencial clientela del libro era escasa, urbana y de crecimiento lento⁹⁶, por lo que en el ámbito rural, prácticamente sólo los

⁹³ PRESEDO, A., «Luxo e cultura...», pp. 155-156.

⁹⁴ La obra literaria de E. Pardo Bazán se ha hecho eco a través de diversas novelas y cuentos de la decadencia de la hidalguía gallega de fines del XIX, contribuyendo a popularizar la imagen del hidalgo que a pesar de su pobreza sigue haciendo todo lo posible por guardar las apariencias ante la comunidad local. VELASCO SOUTO, C. F., *A sociedade galega...*, pp. 35-36.

⁹⁵ Tal y como ocurre con los pazos lucenses de Sistallo, encargado a Clemente Sarela por la familia Verdes-Montenegro, o de Bóveda, proyectado por Domingo Lois de Monteagudo, a petición del marqués de Viance. VILA JATO, D., «El pazo en Galicia...», pp. 41-43; y «Clemente Sarela, arquitecto de Sistallo (Lugo)», *El Museo de Pontevedra XXXVII*, 1983; VIGO TRASANCOS, A., «Domingo Lois Monteagudo y su propuesta neoclásica de pazo gallego», *El Arte en los caminos*, Santiago, II, 1989.

⁹⁶ REY CASTELAO, O., *Libros y lectura en Galicia. Siglos XVI-XIX*, Santiago, 2003, p. 77.

eclesiásticos y algunos hidalgos contaban con ejemplares en sus casas, y eran pocos los pazos en los que se lograba reunir un número significativo de libros que permitan hablar de la existencia de verdaderas bibliotecas, tal y como refleja el inventario de bienes realizado en 1709 en la residencia de Santiago de D. Andrés de Mondragón, primer marqués de Santa Cruz de Rivadulla, que incluye una biblioteca con 279 volúmenes⁹⁷. Si bien su número podía verse incrementado debido a que sus dueños vivían una parte del año en su residencia compostelana y otra parte en su pazo rural, en el que también tenían libros. En el inventario realizado en 1753 la biblioteca de D. Juan Armada y Mondragón contaba con 512 volúmenes de variados temas, aunque en su mayoría de tinte religioso⁹⁸. En el pazo de Oca, un inventario de 1800 también refleja la existencia de una biblioteca bien provista, con 300 títulos⁹⁹. No obstante, posiblemente estos ejemplos son excepciones limitadas a una elite muy restringida de hidalgos, pues parece ser que la mayoría de inventarios de hidalgos mencionan pocos libros¹⁰⁰, y entre aquellos de economía más modesta son prácticamente inexistentes, tal y como da fe F. Troche y Zúñiga en la primera mitad del XIX, al señalar que muchos hidalgos no sabían leer y escribir, y que carecían de libros en sus casas, debido fundamentalmente a motivos económicos. Aunque cabe tener presente que en muchos casos los libros aparecían repartidos entre varias residencias, y que además en el mundo urbano podían acudir a préstamos de bibliotecas institucionales, tanto laicas como eclesiásticas. Dicha tendencia hacia la civilización de costumbres que se observa en el XVIII se ve incrementada claramente en el XIX, momento en que la «urbanización» de la hidalguía ya se convierte prácticamente en una norma, sus espacios de sociabilidad se multiplican (liceos, casinos, etc.) y su educación se hace generalmente universitaria¹⁰¹.

8. El consumo conspicuo más allá de la vida. El simbolismo desplegado ante la muerte

Con la llegada de la muerte de alguno de sus miembros, y las consiguiente ceremonias de entierro, honras, y aniversarios, las Casas hidalgas contaban con uno de los momentos más propicios para hacer propaganda, ratificando ante el conjunto de la comunidad local los éxitos económicos, sociales y políticos alcanzados en vida, tanto en el ámbito personal por cada uno de los miembros, como en general, de forma histórica por la Casa a la que se pertenece; desplegando para ello un amplio simbolismo a fin de hacer pública la pujanza social y el poder económico, así como de procurar

⁹⁷ FERNÁNDEZ GASALLA, L., «La biblioteca de D. Andrés de Mondragón, I Marqués de Santa Cruz de Rivadulla, mecenas político gallego del siglo XVIII (1645-1709)», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XLII (1995), p. 558.

⁹⁸ REY CASTELAO, O., *op. cit.*, pp. 157-158.

⁹⁹ SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 310.

¹⁰⁰ PRESEDO, A., «Luxo e cultura...», pp. 162-163.

¹⁰¹ VILLAREZ PAZ, R., «Pazos y quintas...», p. 21.

conservar perpetua memoria de la riqueza de sus antepasados en el linaje, a través del disfrute de lugares señalados en las iglesias parroquiales para sus enterramientos, muchas veces en capillas principales construidas por sus familias, del despliegue de una gran pompa y solemnidad en los cortejos fúnebres, de la solicitud de numerosas misas en las funciones de entierro y honras, así como misas de fundación aniversarias, o por medio del dispendio de grandes limosnas a los pobres que acudían al entierro, y de la asistencia de un nutrido número de sacerdotes y de comunidades religiosas a las funciones de entierro, de novenario, honras y cabo de año ¹⁰².

Las exequias por la muerte de un hidalgo, acostumbraban a convertirse en un acontecimiento multitudinario, con gran trascendencia y repercusión en la vida cotidiana de las comunidades rurales, que focalizaba la atención de gran parte de sus miembros, convirtiéndose en auténticas muestras de poderío. La pompa en los entierros refleja el ordenamiento estructural de la sociedad, por ello los testamentos suelen reiterar que se les entierre y funere «como se suele, conforme a mi calidad», o tal y como «sus prendas lo merecían» ¹⁰³, de ahí que la idea de ostentación exterior hasta el postrero momento, estuviese presente continuamente en la mente de los hidalgos, aunque, en ocasiones, como excepción, se constaten ejemplos de moderación y humildad.

Las investigaciones realizadas en las últimas décadas en el seno de la historiografía modernista gallega, tanto en el campo de la historia social, como en el más específico de las mentalidades religiosas, constatan que los hidalgos muestran una actitud ante la muerte tan ampulosa como la llevada en vida: las invocaciones de sus testamentos contienen amplias peticiones de intercesión, sus mortajas y sepulturas denotan cierto privilegio y tanto los sacerdotes y comunidades solicitadas en los funerales, como sus ofrendas y número de misas a favor de su alma son muy cuantiosas. Sin olvidar la complejidad del acompañamiento, que presenta una gran pompa y solemnidad propia de los cortejos fúnebres de la nobleza. Todos ellos son aspectos que reflejan inmediatamente la categoría social del difunto.

Las exequias acostumbraban a ocasionar fuertes inversiones de dinero para las familias hidalgas, como ocurre en el caso de D. Sancho de Neira, en cuyo entierro celebrado en 1796 se gastan 19.203 reales, entre liturgia, ropas y limosnas ¹⁰⁴. No era raro que en algunos entierros de hidalgos se llegaran a reunir hasta 100 eclesiásticos. Así, en el sepelio de Doña Ana María de Aldao y Figueroa, señora de Aldao, enterrada en 1693, «se le hicieron las exequias de cabo de año con el mayor concurso de sacerdotes que se avistó en Morrazo pues asistieron 72 y 24 religiosos de mi padre S. Francisco de Vigo, cuyo guardián predicó el primer día además de muchísimos sufragios que se le han aplicado y cada día aplican pues ya consta tener más de 2.000

¹⁰² SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 134; MIGUÉS, V. M., *As terras...*, pp. 330 y ss.; PRESEDO, A., *Os devanceiros...*, p. 127; GONZÁLEZ LOPO, D., *Los comportamientos...*, p. 105; VILLARES PAZ, R., «Pazos y quintas...», pp. 17-24.

¹⁰³ Para el caso de la nobleza asturiana vid. BARREIRO, B., «La nobleza asturiana ante la muerte y la vida», *Actas II Coloquio de Metodología...* (pp. 27-60), p. 39.

¹⁰⁴ MIGUÉS, V. M., *As terras...*, p. 338.

misas hasta el día de hoy» ¹⁰⁵. También en el testamento de D. José Benito de Prado de S. Fiz (Lugo) se encargan en 1717 nada menos que 6.000 misas por la salvación de su alma, mientras que de forma un tanto excepcional, en 1721 doña Vicenta Nicolasa Dávila, deja consignadas casi 10.000 misas que han de celebrarse en numerosas iglesias parroquiales y en los principales conventos y catedrales de Galicia, León y Castilla ¹⁰⁶. Por ello no es extraño que las misas de fundación perpetuas pudieran llegar a ser muy problemáticas para las familias hidalgas, convirtiéndose en un pesado lastre para los herederos, por lo que «las imprudencias a la hora de hacer las fundaciones y la mala administración posterior hizo a veces difícil el cumplimiento de antiguas fundaciones» ¹⁰⁷.

9. El papel de los pazos como «focos difusores de la civilización» en las aldeas

Si bien tal y como ha quedado señalado, el conocimiento que tenemos sobre la vida cotidiana de la hidalguía gallega es todavía muy deficiente, y en particular resulta arduo constatar la influencia que este grupo de la elite pudo ejercer en el ámbito local, empero, habría que considerar algunas hipótesis referentes a la posibilidad de que los pazos, lejos de comportarse como algo aislado en el ámbito rural, conformando un universo cultural diferente al del campesinado, puedan haber actuado como focos de «civilización» desde los que se han podido extender, en parte, a las aldeas de su entorno, – en un instinto emulador de las personas de rango superior –, nuevos usos culturales y modas en distintos ámbitos como en el de las estrategias familiares y sucesorias, la alimentación, el vestido, la música, los libros, el nacimiento de cierta intimidad en los hogares, el consumo de determinados objetos, etc., e incluso en el mundo de las devociones, produciéndose una circulación de valores de un ámbito a otro ¹⁰⁸. A principios del s. XIX Froilán Troche y Zúñiga reprochaba a los hidalgos que hubiesen dejado el campo para irse a vivir a las ciudades, lo que redundaba negativamente en el desarrollo de las aldeas, pues con su presencia «se harían más civilizados nuestros labradores» ¹⁰⁹.

Aunque la mayoría de los campesinos no solían tener acceso a determinados usos culturales asumidos por la hidalguía, como ocurre en el caso de la vestimenta, los libros, el mobiliario y objetos de lujo, así como a otros relacionados con la vivienda, sin embargo, en determinados aspectos la circulación de valores pudo llegar a ser notable, tal y como puede haber acontecido con la difusión de prácticas hereditarias, de algunos productos alimentarios y técnicas de cultivo, o con las devociones, entre otros aspectos.

¹⁰⁵ RODRÍGUEZ FERREIRO, H., «La hidalguía rural...», p. 257.

¹⁰⁶ MIGUÉS, V. M., *op. cit.*, p. 342.

¹⁰⁷ BARREIRO, B., «Las clases urbanas...», p. 51.

¹⁰⁸ SAAVEDRA, P., «Formación...», p. 140.

¹⁰⁹ MIGUÉS, V. M., «A hidalguía galega...», pp. 117-128.

La hipótesis de una difusión del modelo familiar nobiliario hacia capas más populares de la sociedad moderna, por influencia cultural¹¹⁰, también puede haber tenido vigencia en el caso gallego, y ha sido barajada como factor explicativo acerca del origen del sistema de mejora en áreas en las que la familia troncal adquiere gran protagonismo, fundamentalmente en tierras de la antigua provincia de Lugo¹¹¹. En Galicia la ideología de la Casa era propia de las familias hidalgas que, especialmente en áreas en las que tenían una importante presencia como las tierras lucenses, ejercían una gran influencia local desde sus *pousas* y pazos, por lo que su influjo puede haberse dejado sentir con fuerza entre los campesinos. A su ejemplo e imitación se fue extendiendo la costumbre de vincular los bienes raíces entre las familias campesinas, con lo que mayorazgos y mejoras de tercio y quinto se equipararon desde muy temprano en la práctica legal¹¹². Aunque la mejora estaba orientada a la perpetuación y renombre de la casa, a semejanza de lo que ocurría entre los hidalgos con la práctica del mayorazgo, sin embargo, aún teniendo ambas prácticas hereditarias elementos comunes, fruto de la gran influencia ejercida por las familias hidalgas sobre el campesinado, no tienen exactamente el mismo papel, pues mientras que las clases altas realizaban «mejoras del vínculo», buscando un interés para la familia troncal, los campesinos adoptan este sistema sucesorio determinados más por una situación de necesidad económica-asistencial que por tradición, algo que han señalado tanto historiadores¹¹³ como antropólogos y juristas¹¹⁴.

También habría que preguntarse en qué medida las huertas de los pazos, y las tierras que los rodeaban, funcionaron como campos de experimentación, influyendo a largo plazo en el desarrollo del cultivo de frutales, de hortalizas o de otros tipos de plantas, así como en la introducción de nuevas técnicas de cultivo en diversas comarcas

¹¹⁰ DEROUET, B., «Pratiques successoriales et rapport à la terre: les sociétés paysannes d'Ancien régime», *Annales ESC*, 1, 1989, (pp. 173-207), pp. 201 y ss.

¹¹¹ SOBRADO, H., *Las tierras de Lugo...*, pp. 420-421.

¹¹² DE CASTRO, J. F., *Discursos críticos sobre las leyes y sus intérpretes*, Madrid, 1765-70.

¹¹³ SAAVEDRA, P., «Casa y comunidad en la Galicia interior, 1750-1860», en J. C. Bermejo Barrera (coord.), *Parentesco, familia y matrimonio en la Historia de Galicia*, Santiago, 1989, (pp. 95-143), p. 115; y *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1994, p. 208; DUBERT, I., *Los comportamientos de la familia urbana en la Galicia del Antiguo Régimen. El ejemplo de Santiago de Compostela en el s. XVIII*, Santiago, 1987, pp. 31-90; LACOSTE, G., *Essai sur les mejoras ou avantages légitimes dans le Droit Espagnol ancien moderne*, París, 1991; FERNÁNDEZ CORTIZO, C., «Vivir y conservarse en mistidumbre: la Compañía familiar gallega», en F. J. Aranda Pérez (coord.), en *Actas VIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. El mundo rural en la España moderna*, Cuenca, 2004, pp. 199-217.

¹¹⁴ SAN MARTÍN, J., «La Herencia en Galicia. Un nuevo modelo», en *I Coloquio de Antropología de Galicia*, A Coruña, 1984, pp. 47-56; LISÓN TOLOSANA, C., *Antropología cultural de Galicia*, Madrid, 1983, p. 346; PAZ ARES, J. C., *Instituciones al servicio de la Casa en el derecho civil de Galicia*, Salamanca, 1964, p. 119; BONET CORREA, J., «Vigencia y universalidad de la 'Compañía familiar' practicada en Galicia», *Lar*, junio, 1958, (pp. 9-12), p. 9; FOSAR BENLLOCH, E., «La explotación agrícola y el párrafo 2º del artículo 1.056 del código civil», *Anuario de Derecho Civil*, t. XVI, abril-junio, 1963, p. 379.

gallegas¹¹⁵. En el caso de los condes de Amarante, titulares del pazo de Oca, y de los marqueses de Sta. Cruz de Rivadulla, se constata un gran empeño en la mejora de sus huertas y explotaciones con experimentación de vanguardia. Así, en la huerta de Oca se plantaron chirivías, fresas, espárragos, nabicol, tirabeques, brécol morado y blanco, cebollino, berza gallega, y muchas otras hortalizas, así como gran variedad de frutales: parras, perales, manzanos, avellanos, nogales, castaños, guindas, cerezos, membrillos, melocotoneros, higueras, ciruelos, frutos de la pasión, y especialmente naranjos y limoneros¹¹⁶. Dicha variedad de frutas y hortalizas es muy posible que haya incidido en la orientación hortofrutícola del valle del Ulla¹¹⁷. Asimismo, las inquietudes agromónicas del marqués de Santa Cruz, D. Juan Armada y Mondragón le llevaron a la experimentación en sus tierras, en las que se producían hortalizas, frutales, así como aceite, vino, e incluso moreras, pues en la década de 1780 llevó a término dos ensayos con la seda y los olivos. El marqués hizo venir de Valencia a un experto cultivador para atender la cría y conservación de un importante número de gusanos de seda que lograron progresar en su finca de la Ulla, y contrató al fabricante portugués F. Ferreira para que confeccionase varias medias de seda, algunas de las cuales fueron remitidas al Consejo Supremo de Hacienda como muestra del éxito alcanzado¹¹⁸. El aristócrata intentó extender la experiencia ensayada en sus tierras, fomentando el cultivo tanto de las moreras como del olivo entre los campesinos del entorno y del resto de la provincia de Santiago, para lo que no dudó en ofrecer las plantas necesarias para iniciar la plantación, así como premios a aquellos labradores que secundaran la iniciativa¹¹⁹, sin embargo, no tuvo éxito en su pretensión de que se usasen métodos coactivos para promover el plantío, algo que la propia Matritense rechazó rotundamente¹²⁰.

Tampoco se descarta que la introducción de algunas nuevas técnicas de cultivo en las tierras dependientes de la pequeña nobleza territorial haya sido imitada por los campesinos de sus ámbitos de influencia. De este modo, se constata que en determinadas zonas gallega como en el Ribeiro algunas explotaciones vitícolas pertenecientes a los pazos son las primeras en introducir la moderna tecnología en el cultivo y vinificación¹²¹.

¹¹⁵ CÓNsul JOVE, F., *Memoria sobre el conocimiento de las tierras, verdadero i económico método de cultivarlas, adaptado al clima, i circunstancias de Galicia...*, en SAAVEDRA, P., *Agricultura e Ilustración*, A Coruña, 1999, p. 133.

¹¹⁶ RODRÍGUEZ DACAL, C., *Alamedas, jardines y parques de Galicia*, A Coruña, 1997, p. 17.

¹¹⁷ SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 313.

¹¹⁸ SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, A. M., *La agricultura gallega en la crisis del Antiguo Régimen: tentativas modernizadoras (instituciones de fomento agrícola, experimentación agronómica y aportaciones teóricas)*, (Tesis de Licenciatura inédita), Santiago, 2002, p. 128.

¹¹⁹ El marqués ofreció todas las plantas necesarias para fomentar el plantío de moreras en la provincia de Santiago y una gratificación de 25 doblones al labrador que cogiese más de 2 arrobas de seda en 8 años, así como un premio de otros 25 doblones a quien en doce años cosechase 6 arrobas de aceite.

¹²⁰ MEIJIDE PARDO, «Antiguos recursos de Galicia: cáñamo y seda», *Revista de Economía de Galicia*, (enero-abril), 1965, pp.9-12; y «Apuntes históricos sobre oleicultura gallega», *Revista de Economía de Galicia*, VII, 1964, pp. 93-98.

¹²¹ DOMÍNGUEZ CASTRO, L., *Viños, viñas...*, pp. 189 y ss.

Del mismo modo, F. Cónsul Jove en su ensayo *Memoria sobre el conocimiento de las tierras* (1786) da fe de que el método de Tull había sido ya experimentado por el marqués de Santa Cruz de Rivadulla en sus tierras.

Aunque los patrones de consumo alimentario de los pazos y los del campesinado del contorno apenas coincidían en momentos puntuales, y con carácter meramente excepcional, sobre todo con motivo de la celebración de alguna fiesta, sin embargo, la habitual presencia de criados y de criadas en las residencias hidalgas y de asalariados temporales trabajando en sus huertas y jardines¹²², bien podría haber influido en la modificación de algunos hábitos de la alimentación, al tratar de imitar, aunque fuese de forma tímida, en la medida en que sus precarias economías se lo permitía, la incorporación de nuevos productos a su dieta diaria; tal y como puede haber ocurrido, fundamentalmente con varios tipos de hortalizas y frutas, pero también con otros alimentos propios de los sectores más pudientes de la sociedad rural.

Asimismo, la frecuente presencia de cuadros e imágenes de santos nuevos en las salas y capillas pacesgas, así como la promoción de novenas, muestran como al menos desde mediados del XVIII los hidalgos se muestran devotos de San José, de Santa Teresa, o del Ángel de la Guardia, entre otros, convirtiéndose en promotores del santoral de la Contrarreforma, y contribuyendo así a difundir entre sus convecinos la devoción a nuevos santos, como San José. Dicha devoción fue impulsada por la Iglesia como modelo de padre de familia bien ordenada y patrón de la buena muerte, y empieza a tener cierta difusión entre la población, tal y como refleja la evolución de la onomástica dieciochesca en diferentes partes de Galicia¹²³. Hay que tener presente además, que en la época el éxito de un nombre determinado podía depender además de la devoción hacia cierto santo o advocación mariana, de la frecuencia con que ciertas personas principales de la comunidad intervengan como padrinos, por lo que resultaba relativamente corriente en Galicia que muchos niños y niñas se bautizasen con el mismo nombre que ostenta la persona más importante del pueblo, pues puede constituir un factor de prestigio, y por ello condicionar las conductas de padres y padrinos¹²⁴.

En el XVIII las condiciones de vida y las pautas de consumo se modificaron notablemente, no sólo para las elites urbanas atentas a las modas, sino para los grupos intermedios en ascenso e incluso para los campesinos, pues las economías familiares diversifican las fuentes de ingresos y participan con una intensidad creciente en el mercado de productos, demandando nuevas ropas, y nuevos alimentos, así como otra

¹²² En el *pazo* de Oca se menciona el pago de 1.925 jornales agrícolas en 1768, de 3.243 en 1796 y de 3.947 en 1797. SAAVEDRA, P., «La vida en los pazos...», p. 312.

¹²³ SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana...*, pp. 322 y ss.; SOBRADO, H., «Evolución de las devociones populares en la Galicia interior de Antiguo Régimen a través de la onomástica», *Boletín de Estudios del Seminario «Fontán Sarmiento» de Hagiografía, Toponimia y Onomástica de Galicia*, nº 19, 1998, pp. 64-74.

¹²⁴ GONZÁLEZ LOPO, D., «Onomástica y devoción: la difusión de nuevos cultos marianos en la Galicia meridional durante los ss. XVIII y XIX: el obispado de Tuy», *Obradoiro de Historia Moderna*, nº 1 (1992), (pp. 165-183), p. 167.

diversidad de objetos, aunque dicho consumo no constituía solo un acto material, tenía un significado cultural, de emulación, de afán de ascenso social o de reafirmación de identidades¹²⁵. No obstante, en el caso de Galicia buena parte de la población rural se mantendrá irremediamente ajena a dicho instinto emulador, y en escasa medida se muestra partícipe de dicha «revolución en el consumo», pues sus débiles economías constituían un obstáculo insalvable para que los campesinos pudiesen seguir las modas, y acceder al dispendio de determinados bienes.

A medida que evoluciona el proceso de civilización, los sentimientos de pudor que rodean a las relaciones y formas de comportamiento intrafamiliares se van intensificando, y avanza el intimismo y la privatización del acto de dormir¹²⁶, sin embargo, entre los campesinos de la época era corriente la promiscuidad de habitación, o de cama sin distinción de sexo, ya que las familias vivían en espacios reducidos, en los que apenas había una compartimentación interior, ni divisiones. En Galicia a finales del setecientos, aunque se constatan mejoras en las casas de algunos campesinos, sin embargo, éstas son mucho más lentas y modestas que las experimentadas en las viviendas de las clases privilegiadas o de las del mundo urbano. Así, la multiplicación de estancias en las viviendas urbanas y por ende en las *pousas* y pazos rurales (gabinetes, despachos, oratorio, salas y antesalas, etc.) es imitada también en el mundo rural, y en el XVIII, principalmente en su segunda mitad, la documentación notarial muestra la existencia de arreglos en algunas casas y la lenta construcción de «cuartos nuevos», lo que bien pudiera indicar una tímida transformación en el espacio doméstico, hacia una vivienda más compartimentada, y la introducción de cierta intimidad en los hogares¹²⁷, aunque constituye un proceso muy lento, poco intenso, y que apenas llegó a generalizarse como en el mundo urbano y en otras áreas de Europa¹²⁸.

En muchas zonas de España desde mediados del setecientos la demanda de la burguesía rural y del campesinado más próspero debió de ser creciente, imitando los gustos y las tendencias del consumo observadas en las grandes ciudades¹²⁹, así como a los miembros de las elites locales, si bien en el caso de los sectores inferiores y medios de la sociedad rural dicha demanda apenas incluyó objetos lujosos o reve-

¹²⁵ SAAVEDRA, P. y SOBRADO, H., *El siglo de las Luces...*, p. 12.

¹²⁶ ELÍAS, N., *El proceso de civilización...*, pp. 208 y ss.; ARIÈS, P. y DUBY, G. (comps.), *Historia de la vida privada*, vol. 3. *Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, 2000.

¹²⁷ ROZADOS FERNÁNDEZ, M. A., «Aproximación al estudio de la vivienda rural en la Galicia de los ss. XVII-XVIII», *Pedralbes*, 11, (1991), (pp. 109-118), p. 112; SOBRADO, H., *Las tierras de Lugo...*, pp. 501 y ss.; y «L'habitation rural dans la Galice de l'Époque Moderne», en A. Antoine (ed.), *La maison rurale en pays d'habitat dispersé de l'Antiquité au XXe siècle*, Rennes, 2004, (pp. 207-215), p. 215.

¹²⁸ PARDAILHÉ-GALABRUN, A., *La naissance de l'intime. 3000 foyers Parisiens XVII-XVIII siècles*, Paris, 1988; SCHWEITZ, A., «De la salle commune à la chambre à coucher», in *Actas Congreso de Berna*, Lovaina, 1988; SARTI, R., *Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa Moderna*, Barcelona, 2003, p. 183.

¹²⁹ TORRAS, J. y YUN, B. (dirs.), *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*, Ávila, 1999; MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M., *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XIX*, Alicante, 2002, p. 34.

ladores de una determinada impronta cultural, reduciéndose a productos básicos. Se puede decir que, en realidad, en la España rural los grandes beneficiados de las mejoras del nivel de vida experimentadas a partir de la segunda mitad del XVIII son las elites de la sociedad, que muestran una creciente inclinación por mejorar las condiciones del hábitat familiar, haciendo uso de mobiliario doméstico cada vez más completo y variado.¹³⁰

En la Galicia rural la difusión en el consumo de mobiliario y de objetos que denoten cierta idea de confort y lujo, resultaba ajena a la mayoría de la población.¹³¹ Así, en tierras de Celanova (Ourense) si bien la segunda mitad del XVIII marca el comienzo de una nueva fase caracterizada por una cierta difusión de enseres de consumo minoritario, únicamente serán un número muy restringido de los hogares, pertenecientes a los sectores más pudientes de la sociedad rural (ricos campesinos, eclesiásticos y dones) los que experimentan un fuerte ascenso en el consumo de bienes de confort, lujo y civilización (más de un 40% con respecto al XVII), resultando dicho proceso totalmente ajeno al devenir de las vidas de la mayoría de la sociedad de la zona. Por ello cuando en el setecientos tiene lugar una pequeña mejoría en las condiciones de existencia de las capas inferiores y medias de la sociedad rural celanovesa, sus inversiones se centran en el consumo de bienes de primera necesidad o uso frecuente, con el objetivo de cubrir algunas necesidades básicas, vinculadas a un simple deseo de supervivencia, y todavía a mediados del s. XIX la inmensa mayoría de los nuevos enseres que penetraron en la comarca de Celanova, reducían su presencia a los inventarios de bienes de personas pertenecientes a las elites locales.¹³²

10. Conclusiones

En el XVIII, y fundamentalmente en su segunda mitad se observa un incremento notable del lujo y del nivel de ostentación en las residencias de la elite hidalga. La concentración de importantes patrimonios derivada de la acumulación de vínculos por medio de la sucesiva agregación de Casas, permite un incremento muy notable de sus ingresos, contribuyendo a la consolidación de una elite reducida de familias hidalgas, que alcanzan elevados niveles de opulencia y refinamiento en las costumbres, traducidos en un afán por un creciente consumo conspicuo que los distinga del resto de la

¹³⁰ PÉREZ GARCÍA, J. M., «Niveaux de vie et traditions culturelles dans les campagnes du León entre 1700-et 1850», *Histoire & Sociétés Rurales*, 8, 1997, pp. 61-92.

¹³¹ ROZADOS FERNÁNDEZ, M. A., *Campo y ciudad. Niveles materiales y mentalidades en el s. XVII a través de los inventarios post-mortem*, (Tesis de Licenciatura inédita), Santiago, 1986, pp. 80 y ss.; y «Marco material de la vida familiar en la Galicia de Antiguo Régimen», in J. C. Bermejo Barrera (coord.), *Parentesco...*, pp. 80 y ss.

¹³² RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, D., «Desigualdades sociales y criterios de consumo diferenciados. Cultura material y nivel de vida en la Galicia interior, Celanova (1630-1850)», *Cuadernos Feijonanos de Historia Moderna*, I, 1999, (pp. 193-231), p. 218.

sociedad. Será por tanto, fundamentalmente en estas ricas Casas hidalgas en las que la fastuosidad de las moradas (muchas de ellas magníficos pazos con gran calidad artística y rico mobiliario), se convierte en un auténtico espejo de su poder económico y social; mientras que el lujo y el refinamiento en la mesa, la suntuosa vestimenta a la moda y la exhibición de valiosas joyas, la abundancia de personal de servicio como elemento diferenciador, la inversión en cultura (arte, libros, etc.), e incluso el complejo simbolismo desplegado ante la muerte, adquieran pleno alcance, como muestra de un importante consumo ostentoso, auténtico espejo de su creciente supremacía económica y social.

Resulta más o menos claro que las diferencias en la composición del consumo conspicuo tenían un destacado factor en el nivel de riqueza patrimonial, y éstas fueron bastante estables en el tiempo, sin embargo, tampoco deberíamos desechar categóricamente la posibilidad de que se hayan podido dar fenómenos de difusión de pautas de consumo (siguiendo las teorías apuntadas en su momento por Veblen y otros especialistas que analizaron el tema de la distinción social a través del consumo), de la emulación desde las ciudades y las clases ricas, de acuerdo con las cuales fueron cambiando las necesidades relativas y en consecuencia los niveles de consumo de la mayoría de la población.¹³³

Aún aceptando que en muchos casos se habría producido un lento proceso de sofisticación en las pautas de vida cotidiana de la hidalguía gallega, hay que tener presente que el progresivo asentamiento de los hidalgos en los núcleos urbanos contribuye a asumir una serie de pautas culturales, que cada vez los alejaban más del universo cultural campesino, pero que en determinadas ocasiones han podido ser asumidas por las clases laboriosas. Aunque la investigación en este terreno todavía está escasamente desarrollada, y hay más sombras que luces, empero, parece poder intuirse cierto papel de los pazos como centros difusores, desde finales del XVII, de «modas urbanas». Así, si bien resulta arduo constatar la influencia que la hidalguía gallega pudo ejercer en el ámbito local, empero, habría que considerar algunas hipótesis referentes a la posibilidad de que los pazos, lejos de comportarse como algo aislado en el ámbito rural, puedan haber actuado como focos de «civilización» desde los que se han podido extender a las aldeas de su entorno, – en un instinto emulador de las personas de rango superior –, nuevos usos culturales y modas en distintos ámbitos como en el de las estrategias familiares y sucesorias, la alimentación, el vestido, la música, los libros, el nacimiento de cierta intimidad en los hogares, el consumo de determinados objetos, etc., e incluso en el mundo de las devociones, produciéndose una circulación de valores de un ámbito a otro. De todas formas, habría que matizar que este proceso no puede caracterizarse exclusivamente como un camino de una sola dirección o interpretarse como una imposición de arriba-abajo, una represión, en definitiva, en la que las elites transmiten y obligan a cumplir unas determinadas directrices.

¹³³ DOMÍNGUEZ MARTÍN, R., «Niveles de vida e indicadores de bienestar social a finales de Antiguo Régimen: comparaciones internacionales y contrastes regionales», en E. Llopis (eds.), *El legado económico del Antiguo Régimen en España*, Barcelona, 2004, (pp. 300-327), p. 315.